

La poesía de María Ángeles Maeso



En el panorama poético actual la poesía de María Ángeles Maeso representa un espacio propio, no mediatizado por las obligaciones de escuela. En ella se funden el rigor lingüístico y retórico en el trenzado discursivo, y la atención a los dolores sociales desde una posición que se toma en serio el sufrimiento de los menudos.

En su primer libro, *Sin regreso* (1990), la poeta produce un discurso astutamente económico. Alza, en cada poema, fragmentos del significado global que se produce en el libro que los reúne. Cada poema brota de una imagen física que simboliza con un correlato objetivo cuidadosamente elegido. Así, el discurso poético se desmenuza en pequeñas venas que van alimentando progresiva y concéntricamente (hacia la médula de lo que se quiere significar) el conocimiento al que, poco a poco, se va llegando. “Sin regreso”, primera parte, traza un complejo tapiz de lo que ya ha acabado, tal como sucede en el alma presente del “yo” poético, porque lo que ya ha acabado prefigura lo que está sucediendo. La intimación de lo que rodea, aquí y ahora, al sujeto de la enunciación es el espacio poético de la segunda parte, “El serio ojo de las cosas”, donde aún se adelgaza más el discurso poético y los poemas son casi como las briznas volátiles del presente del “yo” lírico: imágenes que traducen, con su simbolismo material, el alma objetivada que ha de ser puesta de manifiesto. El “tríptico epigonal” que cierra el libro avanza hacia el día después: allí donde el “yo” poético, y sus circunstancias, brotan del discurso como epígonos de una historia que ya ha tenido lugar, pero que se prolonga, porque aún no se está muerto, y todavía “hay que correr,/ gritar y correr” por esta “calle abierta al día”, con más o menos (des)esperanza.

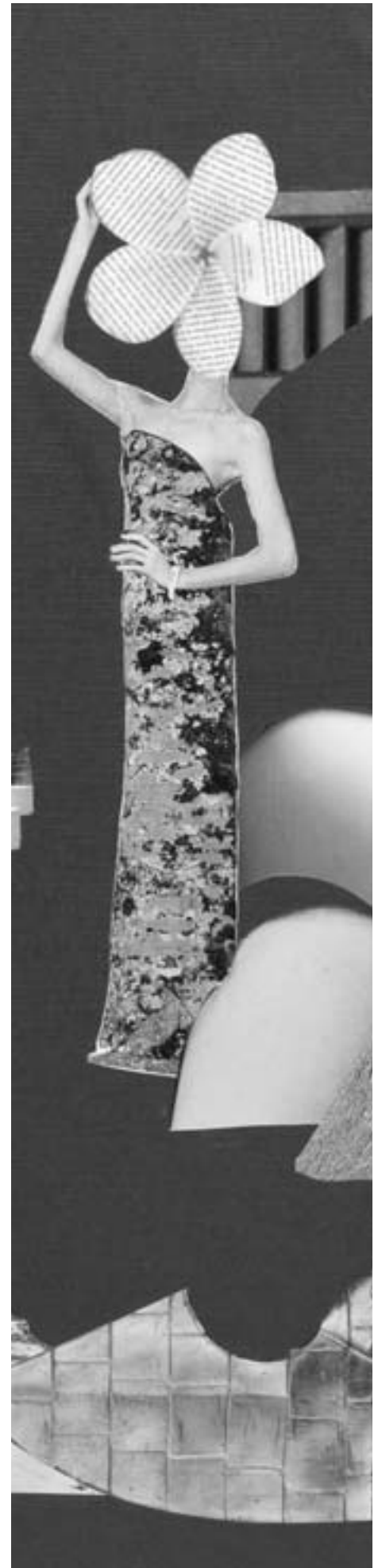
En *Trazado de la periferia* (1996) la poeta intensifica esas pautas discursivas y esa economía metonímica, y produce un jalón fundamental en el desarrollo de su poética. Se coloca en los márgenes de la sociedad del espectáculo y enfoca aquello que no se suele percibir porque no se mira. La sociedad es este espacio del dolor que Maeso atestigua con rara intensidad. Está ahí y raja nuestro embotamiento con su cuchillada inesperada. La soledad es el dominio de los arcanes; el dolor y la humillación acompañan, como la propia piel, la historia de los que (sobre)viven en la periferia. Lo que le interesa a Maeso es la orfandad de los desheredados, la sangrienta depredación que empapa la historia de nuestro siglo. Tendríamos que vivir insomnes, nos dice, con la sensibilidad a flor de piel, como si nos estuvieran desollando a nosotros a punta de machete. Ése es el camino moral que ofrece: “cosas de nervios en la punta de una aguja”. Ése es el reclamo de los “niños con las manos cortadas de cuajo”, que pone la poeta en la médula misma de sus poemas electrizados. La poeta nos avisa de que todos somos inocentes y culpables: inocentes, porque somos las víctimas; culpables, porque somos los cómplices de nuestra propia devastación moral. Maeso nos hace ver que no hay manera de conquistar nuestra inocencia más que asumiendo nuestra culpabilidad: haciéndonos responsables de la patología que ocupa nuestra alma. La voz que habla en estos poemas, que levantan acta de la periferia, trata de rescatarnos de la desidia y la complicidad, para que miremos hacia las afueras del espectáculo: para que neguemos la ficción que nos adormece y pongamos el terror programado, que se nos oculta, en el centro de nuestras preocupaciones: para que no permanezcamos mudos ante la atrocidad. Nos avisa de que nuestro espacio deben ser las es-



combreras, los extrarradios dejados de la mano del capital, el temblor solidario con los desposeídos y desheredados, con los desvalidos que sobreviven a nuestro lado. Y nos pide, con sus ardientes palabras tensas de vigor semántico y honda precisión lírica, nuestra propia respuesta moral: que es preciso que empiece ya la resistencia en nuestras afueras.

El bebedor de los arroyos (2000) nos lleva al corazón palpitante del “yo” lírico, allí donde se cruza su camino con el entrelazado sociomoral en que habita. Uno cree reconocer, en el paisaje humano y físico que lo constituye, cierto orden inteligible. De pronto, ya no existe ese orden, ni ese paisaje. Y uno empieza a preguntarse si existieron alguna vez; si no será que se estuvo siempre equivocado, que algo que hemos hecho lo ha tergiversado todo desde la raíz: que uno ha sido desde siempre culpable del dolor que le ha crecido en su interior, de las rupturas que lo han arrojado de súbito a las amarguras de la cuneta. Es el momento de echar cuentas del pasado y del presente; de poner orden en la propia desesperanza, y de asumir, sin engañarse, las precarias certidumbres sobrantes; de hacer germinar los recuerdos para reconocer, en ellos, el terreno minado a que nos conduce la fatiga moral y la autoconmiseración. Si es que se ha de tener un futuro que no sea el autismo íntimo y social. Con la ayuda del anciano Edipo de Colono, peregrina a través del desierto helado a que la han conducido su presunta ignorancia o el juego de los dioses. Dialoga con los fantasmas que la obsesionan, consigo misma y con el viejo ciego tebano. El filo de su bisturí reflexivo saja los engaños en que su fuerza decae enfangada; clava su estilete en el corazón de la incertidumbre que la abrumba para tratar de purgar la inepticia culpable o la desmemoria ruin. Debe librarse de sentir que es su culpa el dolor que le ha sucedido; que fue una patología propia la que hizo posible la traición de la serpiente acunada entre las brasas de su corazón; que debe castigarse por no haber sabido lo que estaba pasando(le): lo que incubaba su cuerpo, lo que se pudría bajo sus caricias. Que debe sumarse a la cifra de los que se han obligado a cegarse para siempre como único castigo posible para su ceguera. La poeta lucha contra ese sentimiento que la lleva a identificarse con el viejo parricida (y con su sangrienta catarsis autoimpuesta), puesto que se siente culpable como él en su ignorancia. El desarrollo discursivo de este lúcido *bebedor de los arroyos* es el sendero que produce esa lucha a vida o muerte que termina, emergiendo a la madurez, en el comienzo de una vida aceptada. La victoria sólo puede ser posible en el propio acto de recuperar la memoria. La travesía que los poemas construyen lleva a esa solución: nada es posible que no se levante sobre los recuerdos que somos. Para ello, el verso de Maeso alarga su caudal y adviene a una *prosa versicular* que da cabida a trazos lírico-narrativos de distinta procedencia y de latidos disímiles: su historia, la historia de Edipo, el texto sofocleo, el marco histórico tebano y el redoble social del tiempo presente. Su vigorosa energía léxica sostiene la tajante tensión de un (entre)tejido referencial que no da respiro y obliga a reiteradas inmersiones en el oscuro bosque de huellas que nos propone: metonimias que descubren el interior oculto de la ficción, oxímoros que atrapan la sustancia de la contradicción humana: fogonazos que alumbran apenas el camino de quien lee: briznas de *saber* que deben ser interpretadas.

Vamos, vemos (2004) representa un doble movimiento: por un lado, el intento de recuperar el pasado remoto de la poeta a través de su primera experiencia personal en una naturaleza no urbanizada; por otro, el escape de la larga experiencia moral-social-sentimental de su reciente pasado (tematizado en *El bebedor de los arroyos*); y ese doble movimiento la conduce de nuevo a las destructivas intimaciones de un presente miserable en el que trata de entrever alguna





esperanza a través de lo que observa a su alrededor en el mundo de los seres no humanos. Vuelve la poeta al poema contenido, sobria pero eficazmente dispuesto en su economía verbal, y, sobre todo, vuelve a acentuar la sabia sinergia entre los correlatos objetivos de la naturaleza y las experiencias personales y sociales. De nuevo la acerada visión de la existencia colectiva brota de la vida de animales y plantas, sin esfuerzo aparente, a través de la mediación de la propia existencia del “yo poético”. Así, de “Grullas” puede surgir una cálida referencia a los problemas de la inmigración; de “Cigüeña” una reflexión irónica sobre la estética descomprometida; de “Lechuzas” una dura observación en contra de la neutralidad política, o de “Sacos de semillas petrificadas” un sutil alegato contra el latrocinio de las compañías agroalimentarias multinacionales. Sirven a ese efecto la rotunda lucidez de las metáforas y las metonimias, capaces de desentrañar el corazón amargo de lo real, y el extrañamiento de los efectos despersonalizadores, las ironías o las antítesis.

Escribir poesía en “tiempos del despido libre”, cuando la poeta es ella misma carne de despido, significa crear una herramienta poética que sea capaz de extraer de la miseria social la razón íntima de su existencia y la perspectiva ardiente de su transformación. En *Basura mundi* (2008) resuena una voz que crece al servicio de su propia expresión existencial y social, en defensa de los desheredados; una voz en cuyo fondo se oyen las mejores voces de la poesía cívica y moral de nuestra tradición poética. Aquí, nada está para hacer bulto, nada para asombrar al burgués sin asustarlo, nada para demostrar lo listo que se es. Parece como si los poemas se escribieran solos y nada fuera con ellos, pero cuánto trabajo necesario, cuánto hallazgo expresivo desmontando nuestras expectativas, cuánto regalo para el alma oxidada de quien lee. Los oxímoros proliferan con su carga de profundidad subversiva; la humanización y la animalización se dan la mano para trenzar el paisaje de un mundo que ha extraviado sus leyes genéticas; las sustantivaciones masivas hacen surgir del caos una existencia mezclada, en la que todo se da la mano en su esfuerzo de construir un mundo habitable dentro de una humanidad deshabitada por la justicia: la expresividad y riqueza verbales pugnan por nombrar lo que (aún) sólo tiene el nombre de la desesperación: la vida de “los invisibles”. He aquí un trazado lingüístico que corta doblemente la respiración: por lo que nos dice a sangre fría y por cómo sisea de pavor la forma en que lo dice. María Ángeles Maeso escribe para descubrir la cifra de lo que le pasa, de lo que nos pasa: la sociedad humana ha emprendido una pavorosa marcha hacia atrás, hacia el fondo legamoso del que procedemos: nos deshacemos mientras trepamos hacia el aullido de antes de la razón humana, mientras caemos hacia el primer estrato de arcilla acumulado por los simios. “Desaparecemos”, dice: la negación de lo que no se puede llegar a ser, o de lo que se es y padece persecución por la injusticia: todo aquí obligado a deshacerse, a callar su voz de vida que aún tiene esperanza, a amordazar su latido aún vertiginoso. Los despojos del capitalismo urbano se (con)funden con los pequeños pálpitos de la naturaleza abrasada por las huellas estériles de los seres humanos, y, en ese mantillo, increíblemente, se deja ver (si se mira) una multitud de palpitantes criaturas que tratan de vivir una vida. Esto es, sí, el retrato de nuestra especie, en este lugar y en esta hora en que se nos obliga a la extenuación existencial y al hambre de coraje: “basura mundi”.

En fin, pocas voces hay, en nuestro panorama poético, tan necesarias como la de María Ángeles Maeso; pocas con su energía moral y su vigor (y rigor) lingüístico. No debiera pasar desapercibida.